

CAPITULO XXXV.

Convoca el emperador á los príncipes sus aliados, que se excusan, y solo tres le dan auxilio. Viene el de Azcapuzalco sobre Tezcoco, y á los diez días de sitio se retira el emperador con sus hijos á la sierra de Tlaloc, dejando el mando á Huitzilihuitzin, á quien matan los Chimalpanecas, y se apodera de la ciudad el rey de Azcapuzalco. Fortifícase el emperador en Tzinacanoztoc, y envía á pedir socorro con su hijo el infante Cihuaquequenotzin, al señor de Otompan, quien se lo niega y quita la vida al infante.

No habia perdido tiempo el emperador, quien al punto despachó sus mensajeros á los príncipes sus aliados para que viniesen con presteza á su socorro con el mayor número de tropas que pudiesen levantar, mas estos, ganados por el de Azcapuzalco, ó abiertamente se negaron á ello con frívolas excusas, ó respondieron que lo ejecutarían, y no lo cumplieron sino solamente tres, que fueron Tlacotzin, señor de Huexotla, Izcontzin, señor de Iztapalocan, y Totomihua, señor de Cohuatepec, quienes con la gente que pudieron juntar vinieron luego: con la cual, y con la que prontamente pudo levantar el emperador en sus estados procuró fortificarse en su misma corte, resuelto á esperar allí al enemigo, teniendo por cierto que se avanzaria luego hácia ella con todo su ejército, y no se engañó, por que al día siguiente á la muerte del infante dió orden de marchar en derechura á Tezcoco, y muy de mañana se movió con todo su ejército, que entrando en los estados imperiales, talando y destruyendo cuanto encontró, no

perdonó edad ni sexo, sin embargo de no hallar quien le hiciese resistencia. Al otro día se puso sobre la corte de Tezcoco, acampado en sus contornos y sitiándola por todas partes, comenzó desde luego á avanzar sus fortificaciones, aunque rechazado siempre vigorosamente por su guarnicion, que animada con la presencia de su soberano peleaba bizarramente.

Diez dias habia que sostenian el sitio, en los cuales habian sido incesantes los ataques; y aunque era incomparablemente mayor el número de muertos de los de Azcapuzalco que el de los imperiales, como aquellos eran tantos y estos tan pocos, no se conocia allí la falta, y la de estos iba por instantes poniendo la ciudad en estado de no poder defenderse: por lo que, viendo el peligro que amenazaba al emperador, le rogaron sus fieles vasallos que se saliese de la ciudad, y se retirase con el príncipe su hijo al monte donde pudiesen salvar las vidas.

No era pequeña la dificultad que se ofrecia para ejecutar la fuga, estando por todas partes rodeados de enemigos; mas con todo la emprendió el emperador, llevando consigo al príncipe Nezahualcoyotl, al infante Cihuaquequenotzin, y á otros de sus hijos y algunos criados, y se retiró á la sierra de Tlaloc, dejando el mando de la ciudad á Huitzilihuitzin; y habiendo logrado escapar felizmente de los sitiadores, hizo alto en unas barrancas y quebradas á la falda de la sierra, á orillas de un llano llamado Quiyacac, pareciéndole aquel puesto fuerte por naturaleza para defenderse si le seguian; pero viendo desde él la multitud de enemigos que inundaban los contornos de Tezcoco, determinó al día siguiente retirarse mas adentro de la

sierra á un palacio que tenia en el bosque llamado Tzincanoztoc, y á poco rato de haber llegado á él tuvo la noticia de que un principal señor de la ciudad del barrio de los chimalpanecas, llamado Toxpilli, muy favorecido y beneficiado del emperador, haciéndose cabeza de los de su barrio, volvieron todas las armas contra su señor, apellidando á Tetzotzomoc, y entrando en la casa en que estaba Huitzilihuitzin le mataron á él y á otros de los caballeros que le acompañaban, habiendo logrado escapar las vidas los señores de Iztapalocan, Huexotla y Cohuatepec, que salieron huyendo, y se entraron por la misma sierra en busca del emperador, y que el enemigo habia entrado y apoderádose ya de la corte de Tezcoco.

Hallándose en este conflicto determinó enviar á pedir socorro á Quetzalcuixtli señor de Otompan, á quien despues de la guerra pasada habia hecho varias mercedes y nombrádole general de sus armas en toda aquella provincia; y para que se lograra con la mayor brevedad y acierto, envió á su hijo el infante Cihuaquequenotzin, quien temiendo que le sucediese lo mismo que á Acatlotzin, encomendó al emperador sus dos hijos Tzontecohuatl y Acolmiton, y partió luego á cumplir la órden de su padre.

No le engañó su corazon, porque apénas llegó al pueblo de Ahuatepec perteneciente á la dicha provincia de Otompan, se dirigió á su gobernador llamado Centzin, y le comunicó el fin de su venida, á que le respondió que él no podia tomar providencia alguna sin dar cuenta primero á Quetzalcuixtli y á su lugar-teniente Acatzon; que lo llevaria con ellos para que les diese su embajada. Partieron juntos, y llegando á Otom-

pan dió á Quetzalcuixtli el mensaje del emperador, ponderándole la suma afliccion en que se hallaba; que solo en él y en sus valientes otompanecas tenia esperanza para defender su vida y su reino de tan cruel tiranía.

Oyóle Quetzalcuixtli, y con despego y severidad le respondió: „Yo no conozco á Ixtlixochitl por supremo monarca de esta tierra, sino al gran Tetzotzomoc, rey de Azcapuzalco, y así mal puedo dar socorro contra él á Ixtlixochitl. Sal á la plaza, que hoy es dia de gran mercado, y dí á voces tu pretension, quizás habrá alguno que quiera ir á socorrerle.“ Salió con efecto el infante á la plaza, que por razon del mercado estaba llena de un numeroso concurso, y puesto en medio de ella dijo en voz alta: „El gran emperador Ixtlixochitl, mi señor y padre, se halla en los términos mas estrechos de haber de perder el reino y la vida, de que tiranamente intenta despojarle el rey de Azcapuzalco; y no teniendo otra esperanza que el valor y lealtad de sus vasallos y amigos, los otompanecas, me envia á decirles el peligro en que se halla, para que vayan prontamente á socorrerle.“ Al oír esto un soldado ordinario, natural de Ahuatepec, cuyo nombre no dicen, y se hallaba inmediato, levantó una piedra, y tiró con ella al infante diciendo: „Viva Tetzotzomoc;“ y á su ejemplo cargó sobre él todo el vulgo en que habia considerable número de tecpanecas. Mas el valiente Cihuaquequenotzin, echando mano á sus armas, procuraba defenderse bizarramente ayudado de cuatro criados que le acompañaban, hasta que cargados de aquella innumerable multitud, murieron todos cinco, bien que vendiendo

muy caras sus vidas, porque ántes de morir mataron mas de treinta.

Hicieron pedazos el cadáver del infante, y por burla y juego se tiraban unos á otros con los pedazos de él. El lugar-teniente Acotzin pidió que le diesen las uñas, y habiéndoselas dado las ensartó en un hilo, y se las colgó al cuello diciendo; „Pues estos son tan „ grandes señores y nobles caballeros, preciso es que „ sus uñas sean de piedras preciosas, y por tales quiero yo traerlas para ornato de mi persona.”

Este fué el fin del valiente general Cihuaquequenotzin, que uniendo al esplendor de su sangre la bizarría de su espíritu, fué los años pasados el terror de los tecpanecas en Iztapalocan, y de los mismos otompanecas en la última guerra, digno por cierto de mejor fortuna. El dia de este infeliz suceso lo anotaron puntualmente los historiadores en sus mapas, y dicen los intérpretes de ellos que fué el décimo octavo del mes duodécimo llamado Micailhuil, señalado con el gerglífico de la culebra en el número cuatro, por ser el cuarto de la semana, y segun mi cómputo corresponde al dia veinte y ocho de setiembre del año de 1418.

Hallóse presente á este infeliz suceso un caballero del mismo lugar de Ahuatepec, llamado Itzicuintlatlaca, parcial del emperador, que desde su patria habia ido acompañando al infante, y en la refriega logró escapar la vida con la fuga. Este partió inmediatamente á dar aviso á Ixtlixochitl, quien al oirlo prorrumpió en lamentos y lágrimas, sin poder contenerse. Manteniase en Tzinacanoztoc, donde se habia fortificado, y se le habia juntado un considerable número de tropa, y de otras gentes de todos sexos y edades, que habian

salido huyendo así de la corte como de otras poblaciones, entre las cuales estaba la muger é hijos del infeliz Cihuaquequenotzin, á quienes llamó y procuró acariciar y consolar, diciéndoles que si habian perdido marido y padre, él habia perdido un hijo muy amado, y el mas valiente general de sus armas; pero que le quedaba el consuelo de que seria inmortal su memoria y la gloria de su nombre, habiendo sacrificado su vida con tanto honor en defensa de su padre, de su rey y de su patria; que si Dios era servido de sacarle victorioso de sus enemigos, sabria recompensar y premiar en los hijos los agradables servicios de tan buen padre, y lo mismo ejecutaria el príncipe su hijo, si Dios fuese servido de ponerle en su trono.

CAPITULO XXXVI.

Atacan los enemigos la fortificacion de Tzinacanoztoc, que se defiende treinta dias, al cabo de los cuales la desampara el emperador, quien se entrega á los enemigos, y muere matando. Huye el príncipe Nezahualcoyotl con sus hermanos y sobrinos á las provincias de Huecuxtzinco y Tlaxcallan.

Luego que los enemigos se apoderaron de la ciudad, y supieron que faltaba de ella el emperador que habia salido huyendo para la sierra, procuraron con toda diligencia buscarlo en ella, y no tardaron en hallarlo, pero fortificado en el paraje de Tzinacanoztoc, donde le embistieron con indecible furia; mas no pudieron forzar sus trincheras. Repitieron los asaltos con mayor

vigor y mayor número de gente, sin embargo de los muchos que morían, por los continuos socorros que les llegaban, al paso que los sitiados con la gente que perdían se hallaban cada día mas afligidos, y con ménos esperanza de socorro.

Con todo sostuvieron treinta días el sitio, defendiéndose bizarramente, al cabo de los cuales viéndose Ixtlilxochitl rodeado de enemigos por todas partes, falto de bastimentos, sin esperanza alguna de socorro, ni aun de salvar la vida con la fuga, determinó venderla á buen precio, muriendo gloriosamente, y procurando salvar la de su hijo; y armándose de todas sus armas, llamó al príncipe Nezahualcoyotl y algunos otros pocos de aquellos mas principales señores que le acompañaban, y les mandó que le siguiesen; y saliendo de las fortificaciones por un lado de donde estaban algo mas distantes los enemigos, se encaminó á un paraje llamado Tepanahuayan, y habiendo llegado á él cerca de un arroyo que baja de la sierra, hizo alto allí, y volviéndose á ellos les dijo de esta suerte: „Leales vasallos, „ deudos, y amigos míos, que con tanta fidelidad y „ amor me habeis acompañado hasta ahora en mis tra- „ bajos, yo conozco que ya es llegado el día de mi muer- „ te, y que no es posible escapar de las manos de mis „ enemigos. Si me mantengo mas tiempo en Tzinaca- „ noztoc, no lograré otra cosa que envolveros á todos „ en mi desgracia, porque falto de gente con que de- „ fender sus fortificaciones, y aun del preciso alimento „ para los pocos que han quedado en ellas, es preciso „ que entren los enemigos, y por quitarme á mí la vi- „ da la perdais también vosotros; y así he resuelto ir „ yo mismo á entregarme, y á morir matando en el

„ campo para salvar vuestras vidas, pues muerto yo „ toda la guerra se acaba, y cesa vuestro peligro, y „ así abandonad las fortificaciones, y procurad huir y „ esconderos en esa sierra. Solo os encargo que cui- „ deis de la vida del príncipe, porque con su inocente „ muerte no se acaben las últimas reliquias que quedan „ de los ilustres monarcas chichimecas; que yo espe- „ ro en el Dios Criador que ha de ayudarle, para que „ recobre su imperio;” y volviéndose al príncipe le abrazó derramando muchas lágrimas, y le dijo: „Hi- „ jo mio muy amado, brazo de leon, y último resto de „ la sangre chichimeca, fuerza es dejarte para no vol- „ verte á ver, y dejarte sin abrigo ni amparo, expues- „ to á la rabia de esos lobos hambrientos que han de „ cebarse en mi sangre; pero quizá con eso se apagará „ su enojo. Procura guardar tu vida, y entretanto que „ pasa mi tragedia, súbete á ese árbol, y mantente „ oculto entre sus ramas, y en pudiendo huir, parte á „ las provincias de Tlaxcallan y Huexutzinco, cuyos „ señores son tus deudos y de tu misma casa, y pídeles „ socorro para restaurar tus estados; y si el Dios Cria- „ dor te lo concede, te encargo mucho la observancia „ de las leyes, para que á ejemplo tuyo las observen „ tus vasallos á quienes has de mirar como á hijos, pre- „ miándoles sus buenos servicios, especialmente á los „ que en esta ocasión me han ayudado, y perdona ge- „ nerosamente á tus enemigos: que aunque yo conoz- „ co que mi ruina ha venido de mi demasiada piedad, „ no estoy arrepentido del bien que les hice. No te de- „ jo otra herencia que el arco, y la flecha: ejercíta- „ los, y debe al valor de tu brazo la restauración de „ tu reino.” Todos enmudecieron ahogadas las pala-

bras con el llanto, y lo que faltaba de voces sobraba de sollozos, cual puede discurrirse en tan lastimosas circunstancias.

Miéntas esto pasaba, los enemigos que advirtieron que salia gente de la fortificacion, y se encaminaba á Tepanahuayan, al punto destacaron en su alcance un grueso competente de tropa de los de Chalco y Otompan, de suerte que cuando el emperador acabó su razonamiento venian ya muy cerca, y divisándolos Ixtlixochitl hizo que con presteza subiese el príncipe sin que lo viesen á un gran árbol de capullin, que es una especie de cerezo, y se ocultase en su frondosa copa, y mandó á los demas que dividiéndose, y tomando diversas sendas, se escondiesen en lo mas frogoso de la sierra.

El se adelantó á encontrar á los enemigos, y dando con ellos á poco trecho les dijo: „traidores, si soy „yo á quien buscáis, aquí me teneis: que no huyo de „la muerte, ni la tengo por ignominiosa en defensa de „la corona que heredé de mis mayores: ántes por el „contrario habiendo tenido siempre entendido que mi „primera y principal obligacion era el defenderla y pro- „tejer á mis fieles vasallos, y habiendo hecho cuanto „he podido para cumplirla, la muerte me será glorio- „sa, sacrificando como buen rey mi vida en su defen- „sa; pero tened entendido que primero que logreis qui- „tármela he de matar á muchos traidores.” Y dando sobre ellos con indecible furia, hizo tal estrago, que asientan algunos escritores que mató mas de cincuenta, hasta que lleno de heridas cayó muerto en el suelo. ¡Príncipe infeliz, que compró su desgracia con su clemencia, y con un trastorno de aquellos que usa con

frecuencia la inconstante fortuna, el que el año anterior coronado de laureles tuvo ya puesta la espada sobre el cuello de los mas poderosos príncipes, vino á rendir la vida á manos de unos viles traidores, á quienes más que á otros muchos acababa de colmar de beneficios su liberalidad (1)

No puede decirse que fué acierto haber dejado tan impune la rebelion de los príncipes aliados porque el rey es imágen de Dios, en quien son iguales los atributos, y debe templar de tal suerte la justicia y la clemencia, que ni sea tanta de esta que haga insolentes á los súbditos, ni de aquella tanta que le haga malquistado con ellos, sino que siendo igualmente amado y temido, excite su clemencia á las acciones nobles con la esperanza del premio, y contenga su justicia los excesos con el rigor del castigo. No es dudable que el piadosísimo corazon de este monarca le hizo entre los suyos sin igual en la clemencia. Cuanto mas bizarro, y esforzado lidiaba en la campaña, tanto mas aborrecia los estragos de la guerra, y por apartarlos de sus súbditos procurándoles el incomparable bien de la paz, no reparó en dejar quejosos á los que le fueron fieles por

(1) Torquemada y Clavigero refieren de distinto modo la muerte de Ixtlixochitl. Oigase como se explica el segundo. „Llamó (Tetzotzomoc) á los señores de Otompan y de Chalco, y les encargó que armasen con el mayor secreto un ejército numeroso, y lo emboscasen en un monte vecino al campamento del rey de Tezcoco; que de allí le enviasen dos capitanes de los mas diestros y valerosos, los cuales con pretexto de comunicar al rey un negocio de gran importancia, procurasen alejarlo cuanto les fuese posible de su gente, y le diesen muerte sin tardanza. Todo sucedió como el malvado príncipe habia pensado.”

falta de premio, y á los desleales por falta de castigo, preparándose de esta suerte su última ruina.

El día de esta tragedia lo señalaron puntualmente sus historiadores en sus mapas, pero los intérpretes de estos varían algo. Todos concuerdan en que fué el año señalado con el conejo, en el número cuatro, pero varían en el mes. Unos dicen que fué en el cuarto mes llamado Xilomaniztli: otros que en el duodécimo llamado Micailhuitl; y otros que en el décimo cuarto llamado Huepaniztli; y sin embargo de esta variación concuerdan todos en que fué en el día nono señalado con el geroglífico del Buho, pero varían en el día de la semana, porque unos dicen que fué el décimo, y otros que el décimo tercio. Yo convengo con los que dicen que fué el mes Huepaniztli, porque de otro modo se destruyen las épocas anteriores, y no caben los sucesos según los días que asientan haber mediado de unos á otros; y en cuanto al día, según mis cálculos digo que fué el nono del mes y de la semana, señalado con el geroglífico del Buho. Respecto á que este año, que fué el cuarto de la última indición, comenzó á contar los días de su primer mes en el primero de la semana, como puede verse en la tabla puesta en el capítulo VIII del libro primero; y por consiguiente el mes Huepaniztli comenzó también á contar sus días en el primero de la semana; y siendo como asientan todos el noveno del mes, lo fué también de la semana. En la confrontación de esta época con nuestros años hay también su variedad; todos asientan unánimes que el año corresponde al de mil cuatrocientos diez y ocho de nuestra era vulgar, pero unos dicen que por abril, otros que por agosto, y otros que por setiembre, se-

gún la opinión que cada uno sigue en cuanto al día en que comenzaban á contarle, y al primer mes de él. Yo, supuestas las épocas que dejo sentadas, le fija en el día veinte y nueve de octubre del dicho año de 1418 (1).

Luego que cayó muerto el emperador le despojaron los enemigos de sus insignias reales, y partieron en diligencia á presentarlas al rey de Azcapuzalco, y darle noticia del suceso. D. Fernando de Alba en una de sus relaciones dice que alcanzó á un noble anciano de Tezcoco, llamado D. Gabriel de Segobia descendiente de estos emperadores, como lo era el mismo D. Fernando, que afirmaba por tradición de sus mayores que los enemigos quitaron la cabeza á Ixtlixochitl para llevársela á Tetzotzomoc; pero que en la historia general que interpreta no aparece esta circunstancia, sino que habiendo muerto cerca ya de anochecer, quedó tendido el cadáver en el mismo lugar donde cayó hasta el día siguiente que vinieron algunos de los criados y capitanes que le habían seguido, y entre ellos dos caballeros naturales del barrio de Tlailotlacacan, llamados Histli y Chichiquiltzin, capitanes esforzados que con lealtad le habían servido, los cuales á vista del cadáver derramaron muchas lágrimas, diciéndole; „ O amado príncipe y padre nuestro! ya con tu vida se acabaron tus „ trabajos; ya llegó el día de tu descanso; pero en él „ empiezan los más amargos de tus fieles vasallos, que „ se lloran huérfanos y desamparados, rodeados de pe- „ ligros, y amenazados de todas las penas y miserias „ imaginables:” y con estas y otras semejantes exclamaciones.

(1) Clavigero señala este trágico suceso el año de 1410.—E.
TOM. II.

maciones entre los dos amortajaron el cadáver, cubriéndole con las mejores mantas y adornos que pudieron haber en aquel parage, y cortando leños de los muchos que aquella sierra les franqueaba, formaron de ellos una especie de trono y asiento en que le sentaron, y rodeándole de otros leños le pegaron fuego, y quemaron el cuerpo, recogiendo despues las cenizas, que guardaron para llevarlas á echar al sepulcro de los emperadores, cuando el tiempo lo permitiese.

El príncipe Nezahualcoyotl estuvo viendo desde el árbol en que se ocultó toda la tragedia de su padre, y luego que entró la noche, al favor de la oscuridad, bajó del árbol, y se entró por la sierra para ocultarse, y por rodeos y veredas excusadas pasarse á la provincia de Tlaxcallan. Al dia siguiente caminando por la sierra le vieron venir muchos de los señores principales y gente plebeya, así de la corte como de otros lugares que se habian ocultado allí, y todos le salieron al encuentro con muchas demostraciones de obsequio, lamentándole en su infortunio, y procurando consolarle, á lo que él correspondió con atentas expresiones, agradeciéndoles lo que habian hecho y padecido en servicio de su padre.

Entre ellos estaban sus dos hermanos naturales, los infantes Quauhtlahuanitzin é Ixhuezcatocatzin, ambos valerosos capitanes, y sus dos sobrinos Tecoxatzin Tzontecohuatl, y Acolmitzin, hijos del desgraciado infante Chihuaquequenotzin, á quienes abrazó tiernamente, derramando unos y otros muchas lágrimas.

Diéronle noticia de que poco mas adelante estaban Tlacotzin, señor de Huexotla, con Tlanahuacatzin gran sacerdote de la misma ciudad, Totomihuatzin

señor de Cohuatepequec, é Izcontin de Iztapalocan, y acompañándole todos fué en busca de ellos, y habiéndolos hallado le hicieron iguales expresiones de obsequio, manifestándole su sentimiento, á que él correspondió tambien con la de gratitud, y á todos les persuadió que se restituyesen á sus casas, y diesen obediencia al tirano, pues estaban ya en términos de no poder tomar otro partido: que él seguiria su rumbo por donde le guiase el Dios Criador, en quien esperaba que le ayudaria para recobrar su reino; que entretanto procurasen cuidar de sus casas, familias y haciendas, manteniendo en su corazon la lealtad á su legítimo soberano, y obedeciendo con silencio á Tetzotzomoc, hasta que él pudiese libertarlos de esta opresion. Ofrecieron todos obedecerle, y con efecto lo pusieron luego en ejecucion, y él siguió su camino para Tlaxcallan, acompañado de sus hermanos y sobrinos, y pocos criados.